

CAPÍTULO 12

De guisados y desaguisados. La comida en el *Quijote*

DANIEL FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ
Universitat Autònoma de Barcelona

1. LAS CIRCUNSTANCIAS AL VINO ATAÑEDERAS

La comida y la bebida son un elemento constante en el *Quijote*. Pese a no ser uno de los pilares fundamentales sobre los que se sustenta el desarrollo de la trama, contribuyen considerablemente a perfilar muchos aspectos de la novela. En primer lugar, son capaces de crear y modelar personajes y situaciones. Ello se advierte ya en las primeras líneas del capítulo primero:

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino¹.

Con tan solo tres elementos (las armas, la alimentación y la ropa), Cervantes ha sido capaz de describir magistralmente al hidalgo manchego, de modo

¹ M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores-Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2004, págs. 37-38.

que el lector pueda tener ya una idea atinada de su vida. La enumeración de los componentes que conforman su dieta basta para dar cuenta de la miseria en la que vive: pese a ser alimentos más bien humildes (la carne de vaca era barata, el salpicón se hacía de las sobras y los demás platos no eran ni mucho menos manjares)², Alonso Quijano destina a su provisión tres cuartas partes de su hacienda. El lector de la época sabía ya que se encontraba ante uno de esos hidalgos pobres que tanto proliferaron por aquel entonces, personaje proverbial y con no pocos antecedentes ilustres en la literatura, tales como el segundo amo de Lázaro de Tormes³.

La alimentación es un elemento de suma importancia en la descripción de don Quijote y de Sancho Panza. Veamos, por ejemplo, esta memorable intervención de Sancho en un diálogo entre dos escuderos: «¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que, en dándome a oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas?»⁴.

Ese «conocimiento» de Sancho lo delata como un muy buen aficionado al vino, capaz de distinguir todas sus propiedades («la patria, el linaje, el sabor y las duras y las vueltas que ha de dar») con solo catarlo, como bien demuestra al escudero del Caballero del Bosque. La del vino es compañía muy grata a Sancho; sediento y sin provisiones, a menudo lamenta su ausencia, como cuando le ofrecen agua para calmar su sed y responde, pesaroso: «Si yo la tuviera de agua [...], pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho»⁵. Pero no solo para el vino tiene nuestro escudero un «instinto tan grande y tan natural», sino también para cualquier tipo de alimento, pericia de la que hace gala incluso recién amanecido: «Despertó, en fin, soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro a todas partes dijo: —De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor harto más de torreznos asados que de juncos y tomillos»⁶.

A lo largo de la novela Sancho se ve impelido al pillaje y al saqueo de todo tipo de gentes, desde frailes de San Benito hasta bachilleres, hecho que para él no supone sino un acto legítimo, en tanto que escudero, de apropiación de «despojos de la batalla». Hambriento las más de las veces, en cuanto su amo entra

² Menéndez Pidal recoge el refrán «Vaca y carnero, olla de caballero» (R. Menéndez Pidal, *Antología de prosistas españoles*, Madrid, Espasa Calpe, 1969, pág. 157).

³ Los siguientes versos de Cervantes dan buena cuenta de lo mucho que la figura de los hidalgos se asociaba con la pobreza: «maldición del siglo nuestro, / que parece que el ser pobre / al ser hidalgo es anejo» (M. de Cervantes, *La gran sultana*, ed. L. Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, vv 2256-2258). Véanse, también, estos otros de Lope: «Dorotea ¿No puede ser ese hombre / pobre e hidalgo? Isabel Confieso / que no he reparado en eso, / con ser anejo a su nombre. / [...] El ser hidalgo es el diablo, / para que sospecha cobre, / que parece que ser pobre / anda con este vocablo.» (L. de Vega, *La pobreza estimada*, ed. M. Menéndez Pelayo, *Obras de Lope de Vega*, XIV, Madrid, Atlas, 1971, pág. 413a).

⁴ *Don Quijote de la Mancha*, pág. 799.

⁵ *Ibíd.*, pág. 908.

⁶ *Ibíd.*, pág. 863.

en combate se apea Sancho del jumento y, estratégicamente situado, comienza a desvalijar a diestro y siniestro, atropando, cómo no, todo tipo de alimentos. Para su desgracia, a menudo no pasa tan inadvertido como él quisiera, por lo que recibirá sus acostumbrados manteamientos.

A Sancho le gusta mucho disfrutar del placer que supone contentar al estómago y acallar sus quejas, pero para eso no son necesarios ni comedimientos ni sabores sutiles. Sancho es un labrador, de condición humilde, por lo que no es de extrañar que cuando, siendo gobernador de su tan esperada ínsula, le dan de cenar salpicón de vaca con cebolla y unas manos cocidas de ternera «algo entrada en días», se entregue «con más gusto que si le hubieran dado francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón o gansos de Lavajos»⁷. Si bien es cierto que en muchas ocasiones le tachan de simple glotón, lo cierto es que Sancho, aunque de ávido apetito, alardea de ser consciente de su dieta y experto conocedor de su estómago, y hasta se atreve a deleitarnos con curiosos parlamentos: «Mirad, señor doctor, de aquí adelante no os curéis de darme a comer cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar a mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado a cabra, a vaca, a tocino, a cecina, a nabos y a cebollas, y si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre y algunas veces con asco»⁸.

Sancho no es solo un rudo comilón, como se le caricaturiza a menudo, sino más bien —cosa distinta— un amante empedernido de la glotonería. Hasta tal punto se desvive por sus muy queridas cebollas, mendrugos de pan y trozos de queso, que el refranero traído a cuestras por el escudero aparece siempre cargado de referencias a la comida, al comer y al «condumio». Estas «cortes y hambrientas razones»⁹, surtidas de una retahíla de refranes culinarios, le permiten salir airoso de los más intrincados asuntos y peliagudos razonamientos:

—A buena fe, señor —respondió Sancho—, que no hay que fiar en la descarnada, digo, en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero; y a nuestro cura he oído decir que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora más de poder que de melindre; no es nada asquerosa: de todo come y a todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas, que a todas horas siega, y corta así la seca como la verde yerba; y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da a entender que está hidrópica y sedienta de beber solas las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fría¹⁰.

⁷ *Ibíd.*, pág. 1118.

⁸ *Ídem.*

⁹ *Don Quijote de la Mancha*, pág. 866.

¹⁰ *Ibíd.*, págs. 872-873.

Si reproduzco el fragmento completo es porque me parece muy ilustrativo de lo que aquí trato de explicar. Sancho teje una alegoría en torno a la muerte valiéndose, casi exclusivamente, de referencias a la comida, al hambre y a los alimentos. Esto mismo, que podría expresarse mediante razonamientos filosóficos o metáforas poéticas, se cuenta a partir de las vivencias de un labrador que gusta del buen y llano comer. Así, el misterioso poder igualatorio de la muerte, capaz de llevarse a todos y cada uno de los hombres, sea cual sea su rango, hacienda o condición, lo comprende Sancho en términos alimenticios: «tan bien come cordero como carnero». Nadie se halla a salvo de la visita de la muerte, porque «no es nada asquerosa, de todo come y a todo hace». Como él cuando se lleva los «despojos» de las batallas de su amo, es natural que la muerte «hinche sus alforjas», inseparables compañeras del escudero. El hambre de la muerte es voraz, insaciable, «canina, que nunca se harta», pero, a diferencia de Sancho, «no tiene barriga», lo cual no impide que, dado que no descansa nunca en su tarea, esté «hidrópica y sedienta»¹¹.

Analfabeto e ignorante, Sancho atropella sus discursos con un estrafalario y graciosísimo refranero, una materia en la que sí es experto, especialmente cuando trata del comer. Sancho comprende la realidad ajustándola al marco de la comida, para así poder, una vez adaptada a su entendimiento, discernir, decir y decidir. La comida funciona en la novela como un elemento complejo, vertebrador del comportamiento, los discursos y las acciones del personaje.

La actitud de don Quijote respecto a la comida es muy distinta de la del escudero. Nuestro caballero es un deshacedor de agravios y un enderezador de tuertos, luz y espejo de la caballería andante. Mirando siempre por cumplir con el estricto código caballeresco, don Quijote se muestra fiel a sus principios: «Hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y, ya que coman, sea de aquello que hallaren más a mano; y esto se te hiciera cierto si hubieras leído tantas historias como yo, que, aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso y en algunos suntuosos banquetes que les hacían, y los demás días se los pasaban en flores»¹².

La comida, de nuevo, actúa como un elemento descriptivo de primer orden. En una de sus muchas pláticas con Sancho, don Quijote le instruye acerca de los valores caballerescos a partir solamente de sus hábitos alimenticios. El estoicismo alabado por don Quijote es entendido no solo como un ideal, sino como una práctica corriente entre los de su orden, pues en las historias caballerescas «aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen». Con todo, don Quijote es consciente de que en ciertas ocasiones conviene guardar el decoro y atender como es debido a «algunos suntuosos banquetes» propios también de la orden de caballeros.

¹¹ Pasajes como este dan por buenas aquellas palabras de Dámaso Alonso sobre Sancho Panza: «Sancho, del lado humano, es quizá la máxima creación de Cervantes, y él, simple y sabio, es aún quizá más complejo que su compañero de gloria» (D. Alonso, *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas*, Madrid, Gredos, 1968, pág. 10).

¹² *Ibíd.*, pág. 129.

2. VIVIR MURIENDO Y MORIR COMIENDO

Don Quijote y Sancho, con actitudes tan dispares frente a la comida, constituyen un contraste gracioso a lo largo de la novela. En ocasiones, por ejemplo, se lamenta Sancho del severo régimen alimenticio al que le tiene sometido su amo, obsesionado por cumplir con el estricto código caballeresco. En este fragmento Sancho expone sus quejas al escudero del Caballero del Bosque:

Vuestra merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo a lo menos, y no como yo, mezquino y malaventurado, que solo traigo en mis alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello a un gigante; a quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces, mercedes a la estrechez de mi dueño, y a la opinión que tiene y orden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo¹³.

Sancho, apesadumbrado por la dieta silvestre a la que no puede acostumbrarse, alaba las virtudes del otro escudero por «este gran banquete», del que Sancho toma partido muy gustosamente. Un poco de queso, algarrobas, avellanas y nueces, ese es todo el sustento de nuestro humilde escudero. Y todo «mercedes a la estrechez de mi dueño». Pero Sancho, esperanzado con la promesa de gobernar una ínsula o por hacerse con cualquier otra riqueza, sigue resignado tan rigurosa dieta. Pese a las apariencias, don Quijote no se muestra ajeno a su sufrimiento. En más de una ocasión, sus meditaciones en torno a la caballería o a la sin par Dulcinea del Toboso ceden paso al lamento del amo preocupado por su criado: «Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce sin acudir a la tierra con el conveniente rocío no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia»¹⁴.

Este es uno de los fragmentos en que mejor se advierte cómo don Quijote, al margen de agravios, tuertos, castillos y encantadores, es también un amo atento, afligido por la miseria en que viven y consciente del buen servicio de Sancho. De su escudero alaba que «le sirvió en la fertilidad y abundancia», mientras lamenta que, al contrario, él le sustenta en la «esterilidad y hambre». Sancho no suele ser partícipe de los tormentos de su amo, tal y como ocurre en este pasaje, en el que se observa un gran contraste entre ambos: mientras el Caballero de la Triste Figura profiere estas palabras, su escudero duerme plácidamente.

La comida forma parte efectivamente del contraste que recorre las páginas de la novela y que tiene como protagonistas a don Quijote y a Sancho. Ocupado

¹³ *Ibíd.*, pág. 798.

¹⁴ *Ibíd.*, pág. 863.

en sus cavilaciones, vigiliias y tormentos, don Quijote ofrece a lo largo de la obra discursos propios de un hombre ilustrado, además de relacionarse cortésmente con doncellas, nobles, pastores y caballeros. A la comida se refiere casi exclusivamente por motivo de Sancho, sea para dar instrucciones, consejos o amonestaciones. Esto ocurre, por ejemplo, en el momento en que Sancho, a punto de ser gobernador de su preciada ínsula, escucha atento a don Quijote, quien entre otros tantos consejos refiere los siguientes: «No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería. Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago. Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra»¹⁵.

En este pasaje don Quijote descubre lo bien que conoce a su escudero. Le aconseja no comer ajo ni cebollas para que no sepan de su «villanería» (origen humilde), pero también porque sabe don Quijote de la afición que tiene Sancho por ellas. Le advierte asimismo de que sea comedido, especialmente con el vino, enemigo de la confianza, y por el que Sancho siente una gran veneración. A través de la comida don Quijote muestra de nuevo su estatus superior, instruyendo y aleccionando a su escudero, que se lamentará de no poder recordar todos sus consejos.

Para terminar, querría reproducir un último fragmento que puede dar buena cuenta del gran contraste entre caballero y escudero, basado de nuevo en las diferencias respecto a los hábitos alimenticios de don Quijote y Sancho:

—Perdóneme vuestra merced —dijo Sancho—, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé ni he caído en las reglas de la profesión caballeresca; y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más sustancia.

—No digo yo, Sancho —replicó don Quijote—, que sea forzoso a los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su más ordinario sustento debía de ser dellas y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocían y yo también conozco¹⁶.

3. MATERIA DE GRANDE RISA

La comida tiene todavía otras funciones en el *Quijote*, una de las novelas más divertidas de la literatura española. La comida, como no podía ser de otro modo, contribuye también a esta parodia esbozando una sonrisa en el lector o, todavía hoy, invitando a una estruendosa carcajada. Memorable es la escena en que don Quijote le pide a Sancho su celada, y este, que acaba de comprar unos quesones a unos pastores, aturullado por las prisas, se la devuelve habiendo

¹⁵ *Ibíd.*, pág. 1063.

¹⁶ *Ibíd.*, págs. 129-130.

primero guardado allí los requesones. La situación es sencillamente grotesca. Don Quijote, cuyas armas «habían sido de sus bisabuelos» y «tomadas de orín y llenas de mohó», y cuya celada no es ni mucho menos la apropiada para un caballero (recordemos que es fruto de un antojo artesanal de don Quijote), se ve ahora envuelto por una sustancia pegajosa y láctea que se le esparce por toda la cabeza, alcanzando la cara y los ojos y ensuciándole las barbas. Al no saber qué hacer con los requesones ya pagados, Sancho brinda al lector un recuerdo divertidísimo.

La comida es la causante de muchas de las situaciones burlescas y graciosas que tanto abundan en la novela. Algunas ya han salido al paso, como los refranes o las disertaciones de Sancho o los consejos y lecciones de don Quijote. Recordemos una última escena:

Pusiéronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y, así, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horudara una caña, y, puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada¹⁷.

A la comida que le sirven a don Quijote, rancia y de mala calidad, se la compara, para desgracia de nuestro caballero, con sus armas. Son tales las trazas que debía de ofrecer don Quijote, que ni siquiera se puede decir que los alimentos en mal estado servidos en una venta cualquiera presenten un aspecto más saludable. Esta escena constituye una sátira cruel y despiadada, pues en ella se ridiculiza a don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería andante. Don Quijote está tan obsesionado con conservar intacta la celada que se deja dar de comer y de beber, precisamente momentos antes de que le pida al ventero que le arme caballero, lo cual «redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano»¹⁸. La mesa está lista, la parodia está servida.

4. DICHOSA EDAD Y SIGLOS DICHOSOS...

Después que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano y, mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones:

¹⁷ *Ibíd.*, págs. 57-58.

¹⁸ *Ibíd.*, pág. 58.

—Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*¹⁹.

Así da comienzo uno de los más bellos parlamentos que don Quijote pronuncia a lo largo de la novela. Si pasamos a valorar la comida como un acto social, observamos que los banquetes que los demás personajes comparten con don Quijote y Sancho suelen inducir a nuestro caballero a una meditación ilustre, que tiene el gusto de comunicar a los demás comensales. En este caso, don Quijote ensalza un supuesto paraíso primitivo, retomando el tópico de la edad dorada, en el que «Todo era paz, entonces, todo amistad, todo concordia», un lugar, en definitiva, sin «tuyo y mío». El paraíso alabado por don Quijote recrea un ambiente pastoril, donde «andaban las simples y hermosas zagalas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello». Todo ello para a la postre expresar su rechazo a la malicia detestable que campa a sus anchas por el mundo, la cual ha obligado así a crear una orden de caballería «para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos».

Don Quijote, ilustre orador, es capaz de sorprender a propios y extraños con sus «discretas razones». Si bien es cierto que siempre parece dispuesto a deleitarnos con algún que otro discurso, es después de una comida en compañía cuando pronuncia los más célebres. Quizás porque el tener el estómago lleno le da fuerzas a sus siempre molidos músculos, tal vez por hallarse entre pastores y sentir cierta nostalgia, o sencillamente por el gozo que supone el reposo entre tanta búsqueda de hazañas y aventuras. De nuevo, la comida adquiere una relevancia especial, pues no olvidemos que lo que da pie a tan «larga arenga (que se pudiera muy bien excusar)» son unas simples bellotas, con cuya fragancia y textura debieron sin duda las musas obsequiar a don Quijote, con tal de que pronunciara aquel «inútil razonamiento».

Muchos más son los discursos que, recién comido, pronuncia don Quijote, como aquel tan famoso de las armas y las letras. Pero don Quijote no solo gusta de intervenir él en la sobremesa, sino que también anima a que lo hagan otros: «Levantados, pues, los manteles, y dadas gracias a Dios y agua a las manos, don Quijote pidió ahincadamente a don Lorenzo dijese los versos de la justa literaria, a lo que él respondió que, por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan sus versos los niegan y cuando no se los piden los vomitan, “yo diré mi glosa, de la cual no espero premio alguno; que solo por ejercitar el ingenio la he hecho”»²⁰.

A continuación, el hijo de don Diego lee una glosa y un soneto, de lo que don Quijote recibirá mucha satisfacción. Con sus intervenciones y ruegos don

¹⁹ *Ibíd.*, págs. 132-133.

²⁰ *Ibíd.*, págs. 846-847.

Quijote contribuye a crear un ambiente letrado y culto. En más de una ocasión, después de comidas más o menos apacibles, tendrán lugar formidables discusiones. Vemos aquí a un valeroso don Quijote iniciando una discusión con un eclesiástico, nada menos que en el suntuoso banquete que los duques ofrecen a caballero y escudero:

Levantado, pues, en pie don Quijote, temblando de los pies a la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo:

—El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios²¹.

El fragmento, de una retórica muy al gusto del hidalgo, representa a la perfección el espíritu letrado e ilustrado de don Quijote. Parece que los muchos años de lectura enclaustrada y solitaria dan sus mejores frutos en las sobremesas, dejando anonadados a todos los presentes. Especialmente a Sancho, que después de oír los discursos de su señor, no puede por menos que dudar de su locura: «¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan a decir y a jurar que este mi señor es loco? Digan vuestras mercedes, señores pastores: ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho, ni hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?»²². Valorando la comida esta vez como acto social y comunicativo, hay que destacar que es allí donde don Quijote suele sembrar más la duda sobre si es cuerdo o loco.

CONCLUSIÓN

He apuntado, en estas páginas, diversas funciones que la comida desempeña a lo largo de la novela. Con ello queda demostrado cómo la comida es otro de los muchos elementos que se integra y participa del *Quijote*, ofreciendo múltiples posibilidades a su trama y abriendo nuevos caminos. Se trata, sin duda, de un campo fértil para la descripción individual de personajes, pues es capaz de recoger actitudes, limar caracteres y desmenuzar pensamientos con una eficacia asombrosa. En esta dirección, se muestra también como un mecanismo muy propicio para realzar el contraste entre caballero y escudero, hilvanado alrededor de la alimentación como apoyo para que Sancho exponga sus muy «hambrientas y discretas razones», y para que don Quijote, siguiendo un estricto código caba-

²¹ *Ibíd.*, pág. 971.

²² *Ibíd.*, pág. 1206.

llesco, haga gala de su rectitud y firmeza. He intentado no descuidar, tampoco, un hecho fundamental: la comida, como casi todo cuanto tiene cabida en esta historia, da pie a los más graciosos y burlescos sucesos, contribuyendo también a la diversión infatigable de la novela. Sin embargo, al lado de esta vertiente jocosa, hemos visto cómo la comida es también el lugar de discusión, de florecimiento de debates versados en toda suerte de materias, iniciados las más de las veces por el ilustrado y sentencioso don Quijote, ansioso por dilatar sus desayunos en célebres sobremesas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, D., *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas*, Madrid, Gredos, 1968.
- CERVANTES, M. DE, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores-Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2004.
- *La gran sultana*, ed. L. Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.
- MENÉNDEZ PIDAL, R., *Antología de prosistas españoles*, Madrid, Espasa Calpe, 1969.
- VEGA, L. de, *La pobreza estimada*, ed. M. Menéndez Pelayo, *Obras de Lope de Vega*, XIV, Madrid, Atlas (BAE, CCXLVI), 1971, págs. 406-469.